
El Músico de la Murga

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6125

Título: El Músico de la Murga
Autor: Manuel Gutiérrez Nájera
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020
Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Músico de la Murga

«*Ci-gît le bruit du vent*». (Aquí yace el susurro del viento). ¿No os parece elocuente este epitafio ideado por Antípater para la tumba de Orfeo? Lo que pasa alzando apenas un rumor muy leve y se extingue, cual si otro más recio soplo lo apagara; lo que sienten al estremecerse las eréctiles hojas; lo que riza las ondas, cuando tiemblan, cogidas de repentino calosfrío; el brillo efímero de la luciérnaga azulina; el beso rápido de Psique, eso es lo semejante a ciertos espíritus fugaces que sólo producen una vibración, un centelleo, un estremecimiento, un calosfrío, y mueren como si se evaporaran.

¿Conocéis de Juventino Rosas algo más que unos cuantos vales elegantes y melancólicos y bellos como la dama, ya herida de muerte, en cuyas manos, casi diáfnas, puso la poesía un ramo de camelias inmortales? Un *schottisch*... una polca... una danza... otro vals... irumor del viento! Algunos tienen nombres tristes como presentimientos: *Sobre las olas*..., ahí flota, descolorido y coronado de ranúnculos, el cadáver de Ofelia; *Morir soñando*... ¡anhelo de los que han vivido padeciendo! Y observad que envuelve casi toda esa músicaailable cierta neblina tenue de tristeza. Parece escrita para rondas de *willis*. Al compás de la mazurca danzan las mozas en un claro del bosque; están alegres y ríen y cantan, pero el músico está triste.

Ya se está el baile arreglando.

Y el gaitero, ¿dónde está?

—Está a su madre enterrando,
pero en seguida vendrá.

—¿Y vendrá? —Pues ¿qué ha de hacer?

Cumpliendo con su deber,
vedle con su gaita, pero
icómo traerá el corazón
el gaitero,
el gaitero de Gijón!
La niña más habladora
«iaprisa!» le dice «iaprisa!».
Y el gaitero sopla y llora,
poniendo cara de risa.

Algunas noches, en los grandes bailes, fatigado de la fiesta,
huyendo de las conversaciones privadas y de los amigos
impertinentes, me he puesto a pensar en esos pobres
músicos que

como ganan sus manos
el pan para sus hermanos,
en gracia del panadero
tocan con resignación
como tocaba el gaitero,
el gaitero de Gijón.

Federico Gamboa, en sus *Impresiones y recuerdos*, nos pinta
con colores muy vivos a aquel Teófilo Pomar que componía
danzas y las tocaba, primero en algunos salones; luego, en
los bailes de trueno. Ese Pomar tuvo también su momento
efímero de dicha,

una luna de miel —dice Gamboa— encantadora, por lo rápida
y por lo intensa. El cuarto de un hotel convertido en rincón
del cielo; en la ventana, pájaros y flores; en la mesa de
trabajo, el papel rayado, la pluma lista, [el periódico que lo
alababa]; el piano abierto, en espera de las caricias de su
dueño; sobre el velador, la comida traída a hurtadillas de la
fonda más próxima, con un solo vaso para aumentar los
pretextos de besarse, y en las paredes, en los muebles, en
todas partes, ella, la mujer amada, ique ríe de nuestras
locuras y las comparte y nos arrulla y nos enloquece!...

Luego

en la ventana, el pájaro muerto, las flores marchitas; en la mesa de trabajo, la pluma rota, las papeletas del montepío; el piano, ausente, dejando un hueco inmenso; en una silla, ella, la mujer amada, que llora nuestros dolores, y los comparte y nos martiriza.

Para vivir, continuaba Pomar tocando danzas: entraba ceñudo al baile de trueno,

cual si bruscamente lo hubieran despertado de algún dulce sueño, y se llegaba al piano con tan visibles muestras de mal humor, que cualquiera habría temido una armonía ingrata, un arpegio discordante, y en su lugar, brotaban tibias, voluptuosas, delicadas, las danzas que estaban haciéndole célebre, sus danzas, pensadas y compuestas por él, las que le daban de comer y lo premiaban a él solo de tanta prosa, de tanta amargura. Y entonces, se abstraía por completo, no respondía a nadie; noche hubo en que improvisara una nueva danza, así, en medio de los gritos destemplados, con la excitación de la desvelada y del desencanto interno, cuando la aurora sonreía desde la azotea y las lámparas de petróleo se apagaban amarillentas y téticas.

* * *

En cuanto concluía, los concurrentes lo rodeaban disputándose, lo mareaban a amabilidades, a invitaciones; todos querían darle algo, una copa, un cigarro, las buenas noches. Las mujeres, más insistentes, se le colgaban de los brazos, lo arrastraban a los gabinetes donde la manzanilla o una cena fría esperaban a los consumidores, y él agradecía, rehusaba a los más, complacía a los menos.

—Gracias, de veras, gracias; lo que quiero es descansar un instante...

Y se quedaba solo, apoyado sobre los barandales del corredor desierto; a un paso de esa ruidosa y ficticia alegría

de las orgías; habituado a éstas, a las riñas que traen, a las ilusiones que se llevan. Allí fumaba cigarrillo tras cigarrillo hasta que la gente se impacientaba, quería bailar.

—¡Pomar! ¡Que venga Pomar!...

Otro músico a quien traté de cerca, el de levitón café y sombrero alto como de pizarra mojada, era celoso... y tenía razón. ¡Cuán largas eran para él esas noches de baile que tan breves son para los enamorados venturosos! Pensaba en su casa pobre tan distante de aquel palacio; en su casa de barrio, con ventana baja y casera celestina; en la mujer guapa, joven todavía, cansada de miserias y sin hijos; en el galanteador fornido y mocetón que la vio, con ojos encandilados, una mañana en la parroquia, e imaginándose infamias y vergüenzas, sintiendo como que le corrían por todo el cuerpo incontables patitas de alfileres, le parecía oír una risa fresca, chorreante, cual si brotara de jugosa carne de sandía, y otra sardónica, burlona, que le quemaba el oído como latigazo. Tocaba entonces con frenesí, con furia, y el arco del violín, torciéndose y retorciéndose sobre las cuerdas, fingía un estoque rasgando en epiléptico y continuo mete y saca las entrañas de víctima invisible. No es, señora, hurraño moralista el que os ve de reojo cuando pasáis bailando cerca de él, y oye las frases de pasión que os dirige el galán; no es un beato ese que al veros querría cubrir con su mirada la desnudez de vuestros hombros: ¡es un pobre músico ya viejo, casado con una mujer todavía joven!...

Mas, entre los violinistas de murga que he conocido, ninguno de ideas más sugestivas ni de existencia más infeliz que el de los ojos azules desteñidos; el que vistiendo siempre ropa ajena, flaco y largo, proyectaba en las alfombras la sombra de un paraguas cerrado y puesto a escurrir junto a la puerta.

Éste era artista, como Juventino Rosas. Era el espectro de un artista rico, que existió antes que él, pero que era de su familia. Hay vástagos que son aparecidos, antecesores resucitados. Tenía los labios siempre secos, y en los labios

sed de gloria, sed de besos, sed de vino.

Aún me parece verle, como cuando le conocí. Toca malagueñas en el cuarto de un estudiante. Y con notas pinta. ¿No lo veis?

¡Qué guapa es la cantadora! ¡Qué provocativo el movimiento de sus caderas! ¡Qué negro su pelo! ¡Qué breve su pie! ¡Y qué torneado el mórbido tobillo! ¡Con qué sandunga y qué malicia canta! ¡Esos ojos sólo salen de noche, porque están prohibidos! Cuando miran es que desnudan la navaja. Los brazos en jarras parecen decir al majo que los quiere:

—¡Ven a tomarlos!

¡Y aquel gitano viejo que está allí de codos sobre la mesa! Con los ojos encandilados, la boca entreabierta y las piernas extendidas, ese tío está calentándose junto al fogón de una petenera retozona. Está gozando un minuto de muchacho. Se ve brillar la manzanilla en las cañas de cristal; se oyen los acompasados palmoteos, y la atmósfera se llena de un humo que lleva alcohol y en el alcohol alegría. Por allí cayó una navaja; por allá se alza un pandero, y en aquel rincón tronó el sonoro beso que la de mantilla blanca, la de la rosa colorada en el cabello, dio a su guapo torero. En la calle, Fígaro deja caer al suelo su bacía de cobre, y rasguea la guitarra mientras Rosina se levanta de puntillas y entreabre la puerta del balcón.

Después toca algo muy apacible y melancólico: es el ruseñor que cantaba en el granado mientras Julieta acariciaba a Romeo en el camarín. «Amad —nos dice—, todavía hay mucha sombra para que brillen mucho las estrellas y despidan los ojos más amor». Una exquisita dulzura se exhala de sus notas; siéntese el contacto suave de la escala de seda; se ve la luna, como bañándose desnuda en las murmurantes y azules ondas del pequeño lago; se oye el rumor de los besos todavía tímidos, como que acaban de encontrarse y conocerse, el susurro de las hojas curiosas que formando corrillos cuchichean; el aleteo de algunos pájaros que no pueden dormir porque están enamorados y quieren ya

que amanezca. El calosfrío del alba escarapela voluptuosamente nuestro cuerpo, y roza nuestras mejillas encendidas la cabellera húmeda y perfumada de Julieta. Es la madrugada. ¿No veis cómo el amante baja ya de la gótica ventana y cómo brilla el rayo de la luna en el terciopelo granate de su jubón y en el áureo joyel de su sombrero? Huye y desaparece por entre el bosque de castaños; ciérranse las vidrieras de colores y esas notas transparentes y frágiles, esas notas que brillan como lágrimas y que suenan como una esquila de cristal herida por la varita de alguna hada se pierden y se extinguen poco a poco en la oscuridad, al amanecer... El ruiseñor ya no canta, pero el cristal solloza todavía.

Él improvisaba todo eso, y al oírlo, volvía yo la vista atrás en el camino de la vida; habría querido volver a ser niño; volver a sentarme en las rodillas de mi madre, besar las canas del anciano que nunca, nunca muere en el espíritu; oír la campana que llamó a la misa el día de mi primera comunión; ver las torres blancas de la iglesia; creer, hallar quien me consolara como me consolaban cuando aún no sufría... ¡y allá va la pelinegra Liseta!, ¡allá va la hermanita que no ha vuelto!, en aquel ruedo bailan las muchachas con los mozos; en aquella mesa y a la luz de pobre lámpara, sueña versos el poeta; ¡allá va el abuelito!, ¡allá, la novia con quien creíamos haber aprendido a besar... y no sabíamos!, ¡allá va todo lo que se fue como se van las notas!...

El artista que tan maravillosamente evocaba esas memorias y revivía esos sentimientos solía decirnos al concluir de tocar alguna de sus improvisaciones:

—Esto en que pongo alma ni siquiera lo escribo... no lo compran. Oísteis las malagueñas: esas sí me producen, allá donde las toco, aplausos y un puñado de monedas. El editor quiere música que se baile, música para que la estropeen y la pisen. Y yo necesito dinero para mí y para mis vicios. Me repugnan esos vicios, no porque lo son, sino por envilecidos, por canallas. Quisiera dignificarlos, ennoblecerlos, vestirlos

de oro en la capa, en el cuerpo de la mujer, en el albur. Quitármelos no, porque ¿qué me quedaría?... Cuando me doy asco, pienso en matarme. Pero hay en mí cierto indefinible temor a la otra vida que se quedó en mi alma, como grano de incienso no quemado en la cazoleta del incensario. ¿Quién lo puso allí?... De niño fui monago. Vestí la sotanilla roja. Aprendí a cantar cantando letanías. Ayudé misas. Y todavía envuelven mi espíritu nubes de incienso; todavía percibo, en horas de nostalgia, el olor a cedro de la sacristía; me acuerdo del Cristo que me veía como un padre muy triste desde la reja del coro... ¡a mí que nunca tuve padre!... ¡Y no puedo matarme!... ¡El réquiem es muy pavoroso! Suenan sus notas como el aire, por las noches, en una catedral a oscuras y desierta. Compongo, pues, para vivir, música alegre, vales voluptuosos cuyas introducciones son muy tristes. Los toco en bailes y festines. Pero vosotros no sabéis cómo se me rasga el alma cuando los oigo y cuando los toco y cuando pienso en ellos. Vosotros no sabéis lo que se sufre tocando con hambre y sed ante los que comen y beben. Yo compuse ese vals; yo hice esas elegancias, esas coqueterías aladas; yo aproximo esos cuerpos; yo confundo esos alientos; yo debiera presidir, de pie sobre un tonel sombreado por la parra, el baile alegre; yo debiera ordenar con tirso de oro, como joven Baco, los amorosos giros de la danza. ¡Y los codos de mi levita están rotos y veo pasar cuellos desnudos ceñidos por collares de brillantes! El vals es mío, pero eso, que es mi vals animado, eso no es mío. Me dan, para que atice las concupiscencias de ellos, champán y más champán. Quieren que vea todo a través de una gasa color de oro, para que, olvidado de mí, esparza alegría. Me enseñan..., casi me obligan a embriagarme... y a desear, ¡ah, sí!, ¡a desear mucho! Vivo mirando muy de cerca el esplendor de la opulencia y oyendo las promesas y las mentiras de los sueños... Despierto... reflexiono... la vela amarillenta alumbraba mi rostro cadavérico. ¿Qué soy? El galeoto de esos proceres. ¡Pobre música mía, para todos risueña, provocativa, voluptuosa, para mí triste, infamada, prostituida! ¡Cómplice de adulterios! ¡Cortesana de bajezas! ¡No saliste de mi alma

para eso! ¡Eras mi blancura... eras mi pendón, eras mi hija!
«Señores —digo entonces, como Triboulet—, vosotros sois piadosos; sois muy buenos, ¿qué habéis hecho de mi hija?, ¡es lo único que tengo!, ¿en dónde la escondéis?». Por eso, despechado, busco los que llamáis «paraísos artificiales». En ellos el vals se anima para mí. Ya no escancio las copas. Soy el rey.

Algunos años hace murió en un hospital, como Juventino Rosas, aquel espectro largo, hoffmanesco, que parecía la sombra de un paraguas cerrado. Muchas veces he pisado después su música en los bailes. Ahora que lo recuerdo, siento pena, como si hubiera maltratado a un niño sin darme cuenta de lo que hacía... ¡Como si hubiera hollado frescos pétalos de alma!

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló El Duque, una antología de cuentos a la que llamó Cuentos Frágiles (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.